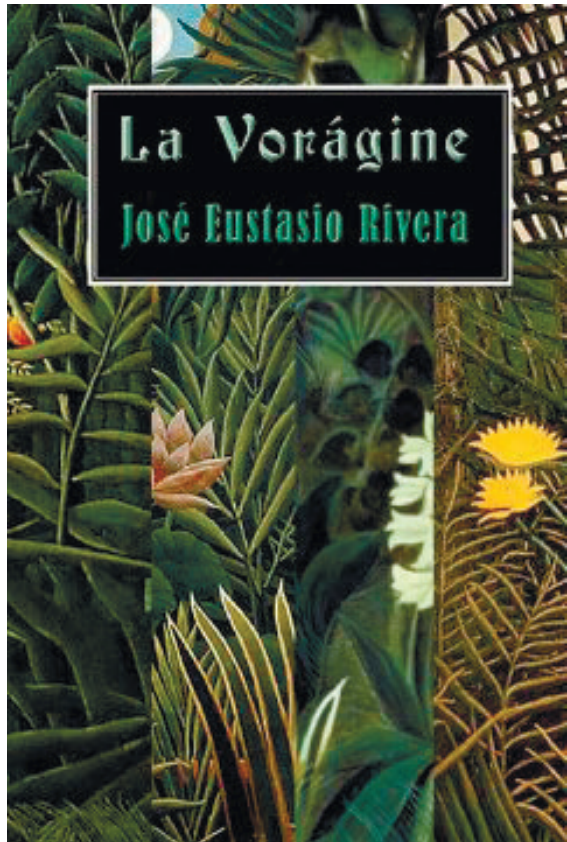


Naturaleza y secularización en *La vorágine*

Norma Donato Rodríguez

La presencia de la naturaleza en *La vorágine* es tan frecuente y compleja, que algunos críticos le han dado un papel protagónico. Para analizarla, es necesario establecer la relación de la naturaleza con el narrador. En la medida en que la narración de la novela obedece a la del diario íntimo de Arturo Cova, el protagonista, todo aquello exterior a él que se muestre en el relato está atravesado por su mirada, por su forma de comprender el mundo. Según esto, me propongo analizar la naturaleza en *La vorágine* a través de las preocupaciones de Cova que, según mi hipótesis, tienen como centro la pregunta por “el sentido o sin sentido de los acontecimientos”.¹

Es importante señalar que la forma en que aparece la naturaleza no puede diferenciarse de la forma en la que Cova la percibe, ya que sólo teniendo clara esta dependencia, tal figura cobra sentido como ejemplo de la actitud secularizada del protagonista que puede señalarse en cuatro aspectos. En primer lugar, la noción inicial de Cova sobre ella permite ver la idea de “sacralización de mundo” propuesta por Gutiérrez Girardot. En segundo lugar, se lleva a cabo una modificación en la visión que Cova tiene sobre la naturaleza, la cual obedece a experiencias concretas que desencadenan una transformación en su forma de percibirla. Esta modificación es lo que se puede identificar como actitud secularizada, en la medida en que no es la idea la que define el objeto percibido, en este caso la naturaleza, sino que son las experiencias las que llevan al sujeto a modificar dichas ideas; al renovar



La vorágine, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2013

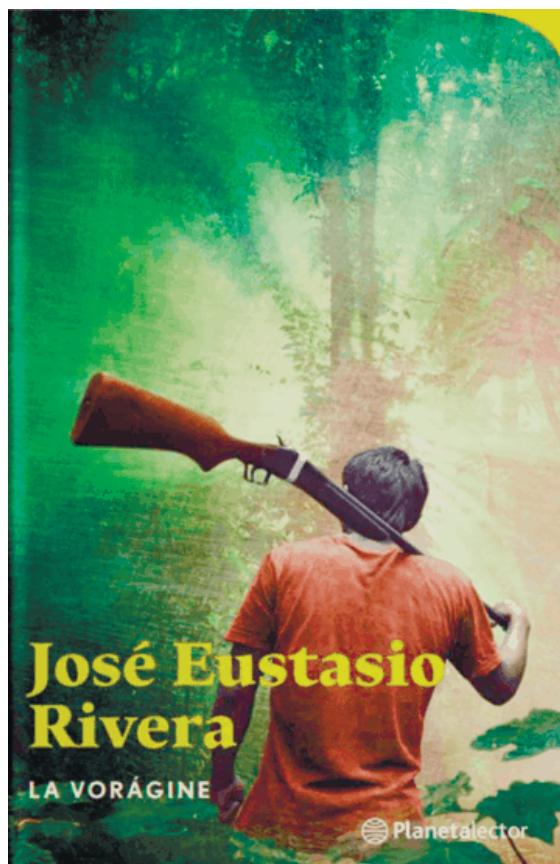
la noción que el sujeto secularizado tiene de determinado objeto, se ajusta la idea a la experiencia; siguiendo a Gutiérrez, se acomoda el pensamiento y el sentir al mundo, que es inmanente de manera absoluta. En tercer lugar, el sujeto desmitifica su noción primera, en la medida en que descubre que la correspondencia entre él y la naturaleza deja de ser armónica para convertirse en algo que le aterroriza; es decir, pasa de una correspondencia positiva a una negativa. Finalmente, la venganza que ejerce la naturaleza contra Cova, a causa de hechos

ajenos a él, le lleva a experimentar su figura como una fuerza carente de sentido.

La naturaleza aparece con dos rostros distintos a lo largo de la novela. El primero es el de los Llanos. Allí, se muestra un paisaje amable y apacible a los ojos de Cova:

Mientras apurábamos el café, nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a surco removido, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en los abanicos de los moriches. A veces, bajo la transparencia estelar, cabeceaba alguna palmera humillándose hacia el oriente. Un regocijo inesperado nos henchía las venas, a tiempo que nuestros espíritus, dilatados como la pampa, ascendían agradecidos de la vida y de la creación.²

Este pasaje permite ver el regocijo que el espectáculo natural produce en Cova, el cual le lleva a dar gracias por la vida y la creación. Junto a esto, se puede deducir que el gozo que provoca la manifestación de la naturaleza está relacionado con el lugar que ofrece al personaje. En este espectáculo, todo parece tener su función: el pajonal despliega su fragancia, los moriches susurran, la palmera acentúa la inmensidad de la llanura y esta última es una metáfora del espíritu del narrador, que se ha henchido con todas las sensaciones descritas. De esta manera, parece que todo el paisaje busca agradecer a Cova. El lugar del protagonista allí es entonces doble. Por un lado, es testigo de la belleza que se le ofrece; por otro, tanto el paisaje como el personaje son creación, son vida, y en esa medida, comparten las mismas características, son parte de la misma obra. Así, se puede ver una correspondencia positiva entre la naturaleza y el personaje, pues encuentra un lugar en el paisaje y se siente identificado con él.



La vorágine, Planeta, 2019

La correspondencia entre el protagonista y la naturaleza se puede apreciar también en la exteriorización de los sentimientos, los cuales se muestran en el paisaje. De esta manera, la tristeza del personaje está expresada en el paisaje y el paisaje triste genera sentimientos en Cova, como lo muestra el siguiente fragmento:

Mientras proseguimos silenciosos principié a lamentarme la tierra por el hundimiento del sol cuya vislumbre palidecía sobre las playas. Los más ligeros ruidos repercutieron en mi ser, consustanciados a tal punto con el ambiente, que era mi propia alma la que gemía y mi tristeza la que, a semejanza de un lente opaco, apenumbra todas las cosas (...).³

La unión entre naturaleza y sujeto que se puede apreciar en los ejemplos anteriores

permite ver que para Cova esta tiene un rostro amable, con el cual se identifica al punto de creerse consubstancial a ella. En dicha consubstancialidad reside la respuesta del personaje a la pregunta por el sentido de sus experiencias. Así, la explicación a la existencia del paisaje está en que el protagonista puede apreciarlo y la razón de existencia de Cova está en que hace parte del panorama que admira. De tal manera, la experiencia con el paisaje le lleva a sentir una correspondencia entre su alma y la naturaleza, lo cual le hace creer que el sentido de su vida es la unión con ella.

Tal correspondencia positiva del personaje con la naturaleza permite ver la idea de sacralización de mundo que Gutiérrez Girardot describe. Según este autor, con la pérdida de fe en un orden trascendental, el hombre buscó la orientación de sus experiencias en el mundo mismo. Esta búsqueda de sentido significó que se erigieran como principios fundamentales aspectos inmanentes. En los ejemplos que plantea Gutiérrez Girardot, el krausismo y el positivismo dieron ese papel a la moral, la familia, la nación, al progreso etc. En el caso de Arturo Cova y su visión de la naturaleza, la sacralización del mundo se puede ver en su idea de consubstancialidad, en la correspondencia entre paisaje y espíritu. En los ejemplos citados se aprecia una correspondencia entre el alma del personaje y la naturaleza como expresión de un todo orgánico cuya composición incluye, aun la “sustancia” del propio protagonista. Dicha totalidad se organiza bajo sus propios principios armónicos, los cuales son interpretados por Cova como rasgos configuradores de sentido de la realidad y de su propia existencia. De esta manera, la unión con la naturaleza, que aparece como totalidad con sentido propio, es para el héroe la instauración de un sentido en su vida, de un princi-



La vorágine, Pigmalión, 2022

pio organizador al cual no se puede faltar, y en esa medida, sagrado. Así, la instauración de un sentido de mundo, que parte de su sustancialidad y no de algo trascendente, es decir la sacralización del mundo, tiene lugar en esta primera visión de la naturaleza que narra Cova.

Sin embargo, junto a esta experiencia el personaje vive situaciones que contradicen su primera idea de naturaleza. Ejemplo de ello puede ser la explicación de Clemente Silva sobre el trastorno que sufre Cova durante su travesía por la selva:

- Paisano, usted ha sentido el embrujamiento de la montaña.
- ¡Cómo! ¿Por qué?
- Porque pisa con desconfianza y a cada momento mira atrás. Pero no se afane ni tenga miedo, es que algunos árboles son burlo-

nes. (...) Nadie ha sabido cuál es la causa del misterio que nos trastorna cuando vagamos en la selva. Sin embargo, creo acertar en la explicación: cualquiera de estos árboles se amansaría, tornándose amistoso y hasta risueño, en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo sangrara ni lo persiguiera; mas aquí todos son perversos, agresivos o hipnotizantes. En estos silencios, bajo estas sombras, tienen su manera de combatirnos: algo nos asusta, algo nos crispa, algo nos oprime, y viene el mareo de espesuras, y queremos huir y nos extraviamos, y por esta razón miles de caucheros no volvieron a salir nunca.⁴

Según Silva, el más sabio “brújulo” de la selva, la configuración del paisaje y la violencia de los hombres contra los árboles hacen que estos últimos tomen venganza, provocando en los viajeros y caucheros una sensación de temor ante el paisaje selvático. Según este pasaje, la naturaleza sigue mostrándose como un todo con lógica propia, pero esta vez no es positiva, pues no acoge amablemente a Cova. Al contrario, la naturaleza muestra que tiene una lógica propia que responde a la acción agresiva de los hombres con violencia y muerte: una vez más la idea de correspondencia entre naturaleza y hombre, pero de manera negativa; es decir, ante el mal comportamiento del hombre, la naturaleza responde con maldad. A esto se podría sumar que el hombre no sólo agrede a la naturaleza al sangrar sus árboles, sino que la violenta al asesinar al hombre mismo, ya que hace parte de ella. Y al vengar también la agresión del hombre contra sí mismo, la correspondencia entre naturaleza y hombre se vuelve contra él.

Cova sufre el trastorno de percepción distinta de la naturaleza descrito por Clemente Silva: ya no es un todo armónico que posee la misma sustancia del personaje,

sino un todo que lo castiga. Esto quiere decir que, si bien existe unidad en la composición de la naturaleza con sus propias y consecuentes leyes, el problema es que Cova ya no es recibido amablemente, ni se siente consubstancial a la naturaleza. Por el contrario, ve un rostro vengador y asesino que le impide seguir identificándose con él. Prueba de ello es que en la selva el personaje describe la naturaleza, ya no como el panorama armónico que le ofrece un lugar de espectador de la belleza y le hace pensarse como parte de su creación, sino que el paisaje que se le ofrece toma la figura de una prisión:

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. (...) Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad.⁵

La naturaleza ofrece al narrador un panorama en el que él es la presa; ya no es testigo de la inmensidad del cielo ni de la belleza de las estrellas. El “silencio infinito” que en los Llanos significaba un espacio para la contemplación y la unidad con la naturaleza, en la selva resulta terrorífico, es la ratificación de que esta ya no le ofrece otro lugar que el de despojo, ya no le habla sino con una voz amenazante. De esta manera, el personaje padece una nueva experiencia: la naturaleza es una enemiga porque reacciona contra la injusticia del hombre, quien la agrede a ella y al propio hombre. Tal experiencia lo vuelve testigo y víctima de una naturaleza nega-

tiva, pues los elementos que en los Llanos significaban motivo de regocijo, en la selva se tornan terroríficos y le niegan la posibilidad de unirse armónicamente con lo que percibe.

Según esto, el sentido que Cova creía ver en su existencia, a causa de la unión con la naturaleza, se desvanece. Por un lado, lo que parecía ser la unión con la naturaleza se transforma en una correspondencia negativa, de allí que el lugar que el personaje percibe en el paisaje lo hace sentir atrapado y en peligro. Por otro lado, en la medida en que el personaje ya no se identifica con la naturaleza y se siente perseguido, su experiencia en la selva no tiene sentido. Se ve entonces perseguido por una naturaleza superior que le quiere devorar sin razón alguna, debe huir de una persecución causada por actos ajenos a sí mismo, en tanto que no ha “sangrado” ningún árbol, ni ha asesinado a ningún hombre. Así, la venganza ciega de la selva no sólo provoca el desvanecimiento del sentido en la experiencia de Cova, pues ya no existe una correspondencia armónica, sino que pone en evidencia el sinsentido de la persecución; es decir, de su experiencia en la selva.

Los ejemplos citados son una muestra de secularización. En primer lugar, Arturo Cova sacraliza el mundo en su inaugural visión de la naturaleza. Luego, se lleva a cabo una modificación en ella relacionada con las experiencias del protagonista en su contexto; es decir, con el cambio de paisaje, causado por la nueva manifestación de la naturaleza que ahora responde a la violencia del hombre contra ella y contra sí mismo. De esta manera, la idea de naturaleza del narrador se modifica porque las vivencias que ha tenido en su desplazamiento del Llano a la selva le han enseñado un nuevo rostro de ella.



La vorágine, Planeta, 2024

Esta modificación de la idea a partir de la experiencia es lo que, siguiendo a Gutiérrez Girardot, se puede señalar como actitud secularizada, en la medida en que el personaje transforma su noción de la naturaleza a partir de las experiencias que tiene de ella. En tercer lugar, el tipo de modificación en la forma de concebir la naturaleza expresa el carácter secularizado del protagonista, en la medida en que pasa de una mitificación del mundo a la develación de su sinsentido; es decir, en la primera forma de ver la naturaleza, Cova cree en un principio totalizador de los acontecimientos, principio bondadoso con el hombre, razón por la cual su estancia en los parajes descritos es armónica. Pero, con su experiencia en la selva, descubre una naturaleza que, aunque tiene un principio organizador, no es amable con el hombre,

sino que lo violenta y asesina. Esta nueva imagen de la naturaleza le permite ver a Cova que la correspondencia entre espíritu y naturaleza de los Llanos ya no existe, puesto que ni el hombre tiene acciones tan puras que logren armonizar con la naturaleza, ni esta le recibe pacíficamente, al contrario, ella desfoga en él toda su furia y violencia. Por último, el cambio de idea de naturaleza en el narrador es muestra de su carácter secularizado porque en medio del descubrimiento de una naturaleza siniestra, Cova la percibe también como algo sin sentido. Es decir, la naturaleza persigue al personaje como si fuese uno de los caucheros que la desangran. Tal persecución absurda modifica en el protagonista su forma de comprender la naturaleza y hace evidente que ha perdido la fe en una correspondencia positiva que de sentido a su experiencia con ella.

De esta manera, la percepción ambigua de la naturaleza por parte del personaje permite pensar en el artista secularizado de finales de siglo, cuya crisis consiste en percibir la inestabilidad de la idea que se forma del mundo. Por esta razón, la naturaleza es dibujada por Rivera con dos rostros. Una imagen que permite ilustrar la confluencia de las dos formas de aparecer de la naturaleza, es decir, de las dos interpretaciones de Cova, es la figura de la india Mapiripana:

—La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de los manantiales y las lagunas. Vive en el riñón de las selvas, exprimiendo nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en las felpas de los barrancos, para formar nuevas vertientes que den su tesoro a los grandes ríos. Gracias a ella tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas.

Los indios de estas comarcas le temen, y ella les tolera la cacería a condición de no hacer rui-

do, los que la contradicen no cazan nada; basta fijarse en la arcilla húmeda para comprender que pasó asustando a los animales (...).⁶

Según esto, la indiecita es un ser bondadoso que cuida del paisaje y permite que el hombre viva allí, pero también, si es desobedecida, responde contra él. La relación de la india Mapiripana y los hombres es entonces la de la correspondencia entre hombre y naturaleza: en algunos casos positiva, en otros, negativa. La naturaleza, encarnada en la figura de la india, es tanto el rostro siniestro, como el bondadoso. Esta ambigüedad es posible porque el narrador demuestra ser un sujeto secularizado, esto es, que descubre que su noción del mundo no coincide con la percepción y busca otra forma de explicárselo, rompiendo su idea de armonía y consubstancialidad con él. Así, la imagen de la naturaleza, encarnada en la india Mapiripana, deja ver cómo la percepción de un poeta finisecular relata su drama: querer encontrar un principio de explicación inmanente en la naturaleza, que haga de ella un aliado bondadoso, pero encontrarse con una naturaleza cuya lógica también es la de la destrucción.

Referencias

- 1 Gutiérrez Girardot, R. (2004). *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, Fondo de Cultura Económica.
- 2, 3, 4, 5, 6 Rivera, J. E. (2006). *La vorágine*, Cátedra, pp. 89, 195, 294, 190, 226.

Norma Donato Rodríguez es egresada del Departamento de Literatura Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia, magíster en Estudios Literarios de la Universidad de Buenos Aires e investigadora del Instituto de Textos y manuscritos modernos de la Escuela Normal Superior de París, Francia, donde adelanta su doctorado.